

6 III
47

PRIMA
 REVISTA ILUSTRADA DE ARTES LETRAS &
 ARIEL-LIMA

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906
 DIRECTOR - CLEMENTE PALMA

AÑO III } Lima, á 13 de julio de 1907 } NUM. 47



Universidad del Perú. Decana de América
LA VISITA
 (Cuadro de Alfredo Stevans)

La carta de la Libertadora

I

Las limeñas que, por los años de 1825 á 1828, oyeron cantar en la Catedral, entre la Epístola y el Evangelio, á guisa de antífona:

De tí viene todo
lo bueno, Señor;
nos diste á Bolívar,
gloria á tí, gran Dios;

transmitieron á sus hijas, limeñas de los tiempos de mi mocedad, una frase que, según ellas, tenía mucho entripado y nada de quodlibeto. Esta frase era: *La carta de la Libertadora*.

A galán marrullero, que pasaba meses y meses en chafalditas y ciquiricatas, tenaces, pero insustanciales, con una chica, lo asaltaba de improviso la madre de ella con estas palabras:

—Oiga usted, mi amigo; todo está muy bueno; pero mi hija no tiene tiempo que perder, ni yo aspiro á catedrática en echacorrevía. Conque así, ó se casa usted pronto, prontito, ó da por escrita y recibida *la carta de la Libertadora*.

—¿Qué es de fulano? ¿Por qué se ha retirado de tu casa? preguntaba una amiga á otra.

—Ya eso se acabó, hija, contestaba la interpelada. Mi mamá le escribió *la carta de la Libertadora*.

¡Hasta mosconas rabisalseras se daban tono con la frase!

—Le he dicho á usted que no hay posada, y dale á desensillar. Si lo quiere usted más claro, le escribiré *la carta de la Libertadora*.

La susodicha epístola era, pues, equivalente á una notificación de desahucio, á darle á uno con las puertas en las narices y propinarle calabazas en toda regla.

Por supuesto, que ninguna limeña de mis juveniles tiempos, en que ya habían pasado de moda los versitos de la antífona, para ser reemplazados con estos otros:

Bolívar fundió á los godos
y, desde ese fausto día,
por un tirano que había
se hicieron tiranos todos,

por supuesto, repito, que ninguna había podido leer la carta, que debió ser mucha carta, pues de fama tan grande disfrutaba. Y tengo para mí que ni las mismas contemporáneas de doña Manuelita Sáenz (la Libertadora) conocieron el documento, sino por referencias.

El cómo he alcanzado yo á adquirir copia de *la carta de la Libertadora*, para tener el gusto de echarla hoy á los cuatro vientos, es asunto que tiene historia, y por ende merece párrafo aparte.

II

El presidente de Venezuela, general Guzmán Blanco, dispuso, allá por los años de 1880, que por la imprenta

del Estado, se publicase en Caracas una compilación de cartas dirigidas á Bolívar, de las que fué poseedor el general Florencio O'Leary.

Terminada la importantísima publicación, quiso el gobierno complementarla dando también á luz las *Memorias de O'Leary*; y en efecto, llegaron á repartirse los tomos primero y segundo.

Casi al concluirse estaba la impresión del tomo tercero, pues lo impreso alcanzó hasta la pág. 513, cuando, por causa que no nos hemos fatigado en averiguar, hizo el gobierno un auto de fe con los pliegos ya tirados, salvándose de las llamas únicamente un ejemplar que conserva Guzmán Blanco, otro que posee el encargado de la corrección de pruebas, y tres ejemplares más que existen en poder de literatos venezolanos que, en su impaciencia por leer, consiguieron de la amistad que con el impresor les ligara, que éste les diera ejemplar de cada pliego, á medida que salían de la prensa.

Nosotros no hemos tenido la fortuna de ver un solo ejemplar del infortunado tomo tercero, cuyos poseedores diz que lo enseñan á los bibliófilos con más orgullo que Roschild el famoso billete de banco por un millón de libras esterlinas. Gracias á nuestro inolvidable amigo el literato caraqueño Arístides Rojas, supimos que en ese tomo figura la carta de la Libertadora á su esposo el doctor Thorne. Este escribía constantemente á doña Manuela solicitando una reconciliación, por supuesto sobre la base de lo pasado, pasado, cuenta nueva y baraja ídem. El médico inglés (me decía Rojas) se había convertido de hombre serio en niño llorón, y era, por lo tanto, más digno de babador que de corbata.

Toro á la plaza. Ahí va la carta.

III

«¡No, no, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué me hace usted faltar á mi resolución de no escribirle?»

«Vamos ¿qué adelanta usted sino hacerme pasar por el dolor de decirle mil veces no?»

«Usted es bueno, excelente, inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es usted. Pero, mi amigo, dejar á usted por el general Bolívar es algo: dejar á otro marido sin las cualidades de usted, sería nada.»

«¿Y usted cree que yo, después de ser la predilecta de Bolívar y con la seguridad de poseer su corazón, prefiriera ser la mujer de otro, ni del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ó sea de la Santísima Trinidad? Yo sé muy bien que nada puede unirme á Bolívar bajo los auspicios de lo que usted llama honor. ¿Me cree usted menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah! yo no vivo de las preocupaciones sociales.»

«Déjeme usted en paz, mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos á casar, pero en la tierra no.»

«¿Cree usted malo este convenio? Entonces diría yo que era usted muy descontentadizo.»

«En la patria celestial pasaremos una vida angélica,

que allá todo será á la inglesa, porque la vida monótona está reservada á su nación, en amor se entiende, pues en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio? El amor les acomoda sin entusiasmo, la conversación sin gracia, la chanza sin risa, el saludar con reverencia, el caminar despacio, el sentarse con cuidado. Todas estas son formalidades divinas; pero á mí, miserable mortal que me río de mí misma, de usted y de todas las seriedades inglesas, no me cuadra vivir sobre la tierra condenada á Inglaterra perpetua.

«Formalmente, y sin reirme, con toda la seriedad de una inglesa, digo que no me juntaré jamás con usted.

«Su invariable amiga

MANUELA.»

IV

Si don Simón Bolívar hubiera tropezado un día con el inglés, seguro que entre los dos habría habido el siguiente diálogo:

—Como yo vuelva á saber que escribe á mi dulcinea...

—Pero, hombre, si es mi mujer!

—¡Qué me importa que lo sea!

¿No les parece y ustedes que la cartita es merecedora de la fama que alcanzó y que más claro y repiqueteado no cacarea una gallina?

RICARDO PALMA

DANZA GRIEGA

ODETTE VALERY

La griega baila gravemente,
La griega baila gravemente con monorrítmico vaivén.

Alza su cuerpo
Como en un brindis una copa que hirviese llena de placer;
y vibra toda
con la violenta sacudida de un arrebato sin porqué.
Inmóvil quédase un instante;
y por detrás de la cabeza cruza sus brazos; y después
saca su torax y se quiebra
por la cintura en un escorzo de melodiosa languidez....

La griega baila gravemente,
La griega baila gravemente con monorrítmico vaivén.

No es la guitarra palpitante
(así parece tal mujer)
que se destaca en el tablado sobre las ferias andaluzas,
No es el violín excitativo
(así parece tal mujer)
que en los proscaenios parisienses entre compases cancanescos
vierte su copa de champaña sobre el erótico tropel.
Ella es el harpa. Ella es el harpa
del paganismo: árbol vibrante que echa sus flores otra vez.
Ella es el harpa magestuosa;
harpa de nervio de mujer,
como manojos de cien cuerdas
que se retuercen y se enroscan desde la nuca hasta los piés.
Tal cuando luce castamente
el mármol griego de su impecable desnudez,
no excita ardores contumaces
es una estatua que se anima
ni erecta sordos apetitos, ni evoca músicas de harem:
es una estatua que se anima cual si lo hiciese sin querer;
y que parece
árbol movido por el aire de un misterioso no se qué.

La griega baila gravemente,
La griega baila gravemente con monorrítmico vaivén.

A veces juega con un velo
que la circunda á la manera de un gran suspiro: entonces es
cuando simula una de aquellas
diosas de un tiempo que se fué,
que toda envuelta en una nube
desde su cielo baja al suelo donde tropieza sin caer;
y á veces juega con el óvalo
de biselada luna y mango de marfil lírico, y se ve
con movimientos siempre lentos,
desde el oleaje de sus bucles hasta las conchas de sus piés..
Quédase inmóvil de repente,
cual si rozándole la frente pasase el clásico laurel....

Y abre los ojos
pestañeantes y repletos del más olímpico desdén:
y en el estuche de los párpados,
sus ojos brillan como piedras de un enigmático joyel,
y se revuelven, y se entornan,
y hablan de cosas nunca vistas y de otras vistas sin querer..
¡Oh quien pudiera
saber qué dicen esos ojos!.. ¿Saber qué dicen?.. Yo lo sé.
Habían del cielo serenísimo sobre su azul mediterráneo,
de las campiñas amplias que hace su Sol de Grecia florecer.
de sus boscajes voluptuosos en que los sátiros jadean
y las vacantes se abandonan á la caricia del vaivén....

¡Salve á tí, blanca y fresca ninfa!
Falta en tus manos el carrizo de siete huecos, en los que
juegan tus dedos, mientras soplas la melodía á cuyos sonos
llegan las bíblicas serpientes y se aletargan á tus piés.
¡Salve á tí, blanca y fresca ninfa!
¡Salve á tí, estatua de placer!
Sigue bailando gravemente,
Sigue bailando gravemente con monorrítmico vaivén.

Madrid, 1907.

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Ejercicios del Batallón N. 7 en la Magdalena



El adjunto militar de los EE. UU. y jefes y oficiales del Batallón presenciando el ejercicio
 Tiro echado
 Tiro arrodillado.
 Descansando.

Contando su serie
 Vagares filarmónicos.
 Los oficiales del batallón.
 Fuego por pelotones.

Descanso de oficiales
 Fuego de ametralladora.
 Tiro de ametralladora.
 El rancho.

Foto Mendoza

CAJAMARCA

A Francisco García Calderón Rey



Vista de Cajamarca

Cajamarca, la ciudad capital del Departamento de su nombre está situada á los $80^{\circ} 48'$ de longitud O. de París y á $17^{\circ} 9'$ de latitud sur. Se halla á 2,830 metros sobre el nivel del mar y lo benigno de su clima desmiente la etimología de su nombre: *Caxamalca* (lugar, región helada). Después del Cuzco es tal vez a ciudad mas antigua del Perú. Antes que los tahuantísuyos-quichuas hiciesen llegar hasta ella su dominación, el gran Chimú, curaca poderoso del valle de Chicama, es probable que la visitara no como conquistador sino como confederado. Corroboraría este aserto la posición inexpugnable de las fortalezas de defensa de los Caxamalcas, su carácter valeroso y su constante amor por la independendencia que ha perdurado á través de los siglos y se revela en muchos rasgos de su carácter. Antes de que los incas hiciesen llegar á ella su dominación, es probable que los Conchucos estaban expuestos á frecuentes invasiones y ataques de los costeños.

La prueba la hallamos en las murallas sucesivas que circundan los cerros del valle de Jequetepeque, y cuyas ruinas las contempla aun el viajero que se eleva en las cuevas de Paipai. Cajamarca, como la antigua Tesalía tiene sus termópilas en el valle del Jequetepeque; para penetrar á Llallan (punto de donde parten ya varias vías que conducen á la ciudad) hay sólo un camino cómodo, el que sigue bordeando el río Jequetepeque, encerrado entre dos desfiladeros; el camino que queda á la derecha del valle es terriblemente accidentado, borda las crestas de la cordillera dejando ver por ambos lados dos abismos, y cuando se respalda sobre las cumbres lo hace en vía tan estrecha que el más pequeño derrumbe bastaría interrumpirla por completo; el tercer camino toma por la espalda de las cumbres de Paipai, penetra en Chongayape (distrito de la provincia de Lambayeque) cruza la rica hacienda Hudima en San Gregorio y San Miguel (de la provincia de Hualgayoc) y después de un rodeo largo y accidentado llega á Cajamarca; de Llallán (caserío) hay dos vías para la ciudad capital la de San Pablo y la de Magdalena (distritos de Cajamarca) estas vías son tan cómodas como seguras.

Entre Mayo y Setiembre que es la época favorable para hacer el viaje por el valle ó cuenca de Jequetepeque, el camino que se recorre, es delicioso, encantador; cultivos primorosos, pueblecillos pintorescos, estancias y casas de haciendas tan sencillas como variadas se ofrecen á la vista de trecho en trecho.

El arroz se mece blandamente en sus tableros de terreno primorosamente cultivado; la caña de azúcar se al-

za magestuosa y exuberante en largos festones á derecha é izquierda del valle, ofreciendo el contraste de su amarillo-verdoso característico; los limoneros, los chirimoyos, los ciruelos bordan los perfiles de los caprichosas figuras de los terrenos de comunidad, y forman aquí y allá bosquecillos espesos, siempre vecinos de una casita tan sencilla como graciosa. (Si los accidentes del terreno elevan el camino hacia la falda de la montaña, la vista divisa entonces un largo plano de vegetación exuberante. El río que atraviesa el valle desenvuelve su ancha cinta de agua que el sol platea por entre los follajes; respunte de cristal que une las bases de las montañas cosiendo el verde fleco de sus praderas; sus ondas van besando una y otra base de los altos cerros y formando bellísimos remansos donde se inclinan los sauces, á escuchar el suave murmullo de su juguetona corriente, y á bañar sus copas en la frescura de sus aguas.

Qué contraste el que ofrece la aridez de las montañas que va pisando la cabalgadura, con la vegetación prodigiosa y loca que miramos bajo nuestros pies. Atravesamos por en medio de pedregales que les calcina un sol canicular y de entre cuyas junturas parece que se escapan dedos enormes, tal semejan los gigantones (cactus) altos y pelados, que se alzan soberbios señalando el cielo y coronándose con sus cornetines de lirios blancos. No oímos más ruido que el de las pisadas de las acémilas y de cuando y en cuando el eco vago del río que rueda y chicotea los peñascos; ó el canto de los pájaros que pasan en bandadas por debajo de nosotros, chorreándose como lluvia de azabaches, esmeraldas y turquesas entre ese abismo raro, de fondo iluminado. Sobre nosotros las dos montañas cortadas casi á pico nos muestran el cielo sin una nube: la inmensa bóveda como girón de banda azul, se desenvuelve con capricho en el infinito. Abajo el valle multicolor: lo que podría ser obscuridad hecho esplendor; lo llamado á ser anónimo desenvolviento del velo de su misterio y mostrando su hermosura. Arriba lo infinito que subyuga, abajo la belleza que encanta, sobre nuestras cabezas el sol con su luz plena y poderosa: bajo nosotros, esa misma luz á través del prisma de las cosas, dorando la naturaleza é iluminando el paisaje que han trasado misteriosos pinceles.

De vez en cuando entre el espesor de las colinas se descubren largos terraplenes, y sobre ellas dos líneas paralelas como los reglones de una foja de libro rota.—¿Qué es aquello, se pregunta al guía?—La línea del tren destrozada, nos contesta. La sangre se agolpa á nuestra cabeza, sufrimos una de esas convulsiones del alma que se traducen por esta gráfica palabra: *estupefacción!* Miramos con más fijeza, es en efecto un camino de hierro que se ve intacto á trechos. Más lejos divisamos un puente magnífico arrancado de una de sus costados por el río y tirado sobre la otra orilla; largos caminos con alamedas de sauces, conservan intacto el terraplén; se ven aun tendidos los durmientes y regados los rieles que los carcome la herumbre; acá y allá ruedas, carros de tren convertidos en casuchas de los indio, máquinas incrustadas en los pântanos que ha formado el río con sus filtraciones; el derrumbe, las inundaciones, la tala que hace el tiempo, han borrado de trecho en trecho todo trazo. ¡Y pensar que ese paisaje fué visitado por la locomotora! Que el ruido crepitante de su andar y sus agudos silbatos atronaron esa cuenca y que su vertiginosa carrera la vieron admiradas esas gentes trabajadoras y sencillas que allí habitan! Los golpes del destino! la conjunción de nuestras desgracias por doquier: á fines del año 1878 la avenida del Jequetepeque destruyó para siempre el ferrocarril trasandino del norte: el año de 1879 otra ave-

nida más recia y más destructora que la ciega de los Clementes anunciaba días de desventura para la patria. Si el mal sólo es relativo, esta lección terrible que la aprovecha la experiencia, ojalá traiga la regeneración.

Cuando se llega al pueblo de Magdalena, principia el ascenso de la cordillera; dejamos el valle y el río, y principiamos á atravesar un nudo de montañas; nada, sin embargo, es difícil ni escabroso en el camino, las faldas de los cerros ya no son áridas, el césped los cubre, y los adornan la haya, la rosa silvestre (mosqueta) y las campanillas azules. En las capas de los cerros más elevados el pajonal oculta el suelo, no es raro ver cumbres como cúpulas, cubiertas de un casquete de paja (de hualta) algo así como una enorme cabeza motosa.

Si se ha salido de 6 á 7 de la mañana de Magdalena se llega á la altura del Cumbe (uno de los puntos más altos de la cordillera) á las 11 a. m.; de esta altura se divisa uno de los panoramas más espléndidos que ofrece el suelo del Perú. Es una enorme altiplanicie de forma de elipse, un valle colosal y soberbio que rodean cumbres majestuosas y pintorescas que se apiñan por todo el horizonte, y se pierden en el infinito hasta confundir su azul con el azul del cielo. Qué grandioso espectáculo! Las montañas semejan enormes gigantes que se disputaron en tropel la contemplación del valle que se desenvuelve á sus pies como un enorme abanico multicolor. Dos ríos límpidos atraviesan el valle, el Chonta y el Mashcón; sobre sus aguas cristalinas se quiebran los rayos del sol y le dan el aspecto de dos franjas de plata que atraviesan á un manto regio de un verde de todos los matices. La ciudad se recuesta sobre la falda del cumbe y ¡cuán bella es! Desde esa altura se presenta magnífica; los remates de sus templos, sus torres color de plomo parecidas á minaretes, se destacan sobre el color rojizo de sus tejados; sus calles trazadas á cordel, el blanco de sus paredes, la luz, la vida, la frescura se divisa por doquier, allí se debe amar la vida y la belleza, el pueblo que se alberga, meros agrupamientos de viviendas, es en efecto un pueblo valeroso y activo, risueño y jovial como su medio, imaginativo y perspicaz; todo lo ama con entusiasmo, su psicología social tiene un símbolo: sinceridad, su historia otro símbolo: heroísmo; su tradición dos: abnegación y lealtad, y de estos cuatro símbolos hace todo su orgullo.

Cuando se baja el Cumbe se atraviesa por un camino que formando zig-zag está cercado por una penca de retama y campanilla, al fin se penetra en una pequeña onramada de frondosos árboles de capulí (1) y después de un recodo, nuestro caballo golpea sobre el empedrado de la primera calle. Estamos en Cajamarca la ciudad histórica por excelencia.

En los tiempos incaicos, cuando Tupac-Inca-Yupanqui colocó en sus baluartes el pabellón del imperio del Sol, (2) es probable que el plano de la ciudad ocupaba una gran parte del plano y se extendió hacia oeste de la ciudad por donde se hallan los barrios de San Sebastián y Belén. La población contaba 10.000 habitantes (3); el centro de la ciudad lo formaba una plaza triangular «inmensa» probablemente uno de sus vértices miraba hacia el camino de los Baños del Inca aproximándose su base á la falda del cerrito de Sta. Apolonia. La plaza estaba rodeada por edificios bajos; salones con puertas muy anchas que miraban á la plaza, servían de depósitos y alojamientos, como las grandes cuadras de un cuartel. Una de estas, tal vez la más amplia y hermosa, existe hasta hoy, se conocí con el nombre de Sala del Palacio y sirve actualmente de Dormitorio en la casa

de Huérfanos. Mirando al campo se hallaba una fortaleza; otra fortaleza dominaba la ciudad, elevándose sobre el cerro de Santa Apolonia, trozos de cantera labrada, rastros de caminos, escaleras de piedra se veían hasta antes de 1889 en que los canteros y picapedreros los hicieron desaparecer á fuerza de tiros de dinamita (4). Esta fortaleza estaba circundada ó mejor rodeada por una triple muralla que descendía hasta la base del cerro tomando la forma de una espiral. (5).



Plaza y cárcel de Cajamarca — Lugar donde se realizó la prisión de Atahualpa

Las casas eran bajas de paredes de piedra, unidas por una argamasa muy dura, los techos de paja y madera. Había un edificio asilo de las Vírgenes del Sol, sus ruinas aun existen á la espalda de la Capilla de los Salones. «El templo del Sol se perdía entre un bosquecillo de los alrededores». (6)

La actual plaza de Armas debió ser la base del cuartel general de los ejércitos imperiales y el depósito de armas y provisiones; así lo comprueba el hecho de haberse hallado, al hacer escavaciones en ella, restos de fortísimos cimientos, y de acueductos de una cerámica admirable (7).

Cuando la Sociedad de Beneficencia hizo en 1890 la construcción de la tienda de alquiler en el solar de la calle de San Francisco, al cavar el cimiento, se descubrió un hueco como á dos metros bajo el suelo, parecido á una caverna sin fin; la tradición afirma la existencia de un camino subterráneo entre Cajamarca y Quito, lo gigantesco de la obra apoya su inverosimilitud. Sin embargo todo se puede esperar sin sorpresa de los constructores de los *andenes* y de los rellenadores de las quebradas andinas. Ni el acueducto de la plaza principal, ni este hueco artificial abierto bajo la tierra provocaron una seria investigación, se taparon los hoyos y se siguió el trabajo interrumpido. Entre los curiosos no se hallaban discípulos de Botta ni de Mariotte: nadie tenía aficiones de anticuario. El bien *no se conoce* sino cuando se pierde ó se ve en manos extrañas. Es probable que la civilización incaica se encuentre reconstruída y se aprecie mejor en los museos de Berlín ó Londres que en los cúmulos de piedras sillones, desparramados por las poblaciones indígenas y los restos de las *chulpas* y *huacas* que se esconden entre las quiebras de los peñascos.

Tal fué Cajamarca (Caxamalca) á la llegada de los españoles estos declararon al verla que hasta entonces en su largo viaje nada tan notable en belleza natural, grandeza arquitectónica y cultura de los indios, habían hallado (1) Sus habitantes ocupaban la ciudad y se

(1) Según la Versión de Garcilaso de la Vega.

(2) Stevenson --- Residencias en América T. II. pág. 134.

(3) Uno de estos contratistas de obras de cantería el Sr. D. Aurelio Sánchez contó al que esto escribe el hallazgo de todas estas ruinas. En este cerro que es casi todo de cantería se muestra hasta hoy la silla del Inca, especie de gran canapé labrado sobre una enorme masa de cantera; desde este sitio se denomina el oeste de la población y toda la campiña.

(4) En la carta descriptiva de Hernando Pizarro.

(5) Prescott --- Historia del Perú y de su conquista.

(6) El que esto escribe presencié en 1888 el hallazgo de uno de esos acueductos, en la Plaza de Armas, los tubos que se extrajeron eran de una dureza á toda prueba y tenían su interior bañado con una capa vídriosa de color verde, y muy bien pulimentada.

(7) Carta descriptiva de Hernando Soto.

desparramaban además en viviendas cómodas por los contornos del valle y allí vivían felices y contentos custodiando ese enorme canastillo paradisiaco donde los había hecho nacer su destino.



Colma de Santa Apolonia, donde situó Candía la artillería

¡Ciudad inmortal! Ella cobijó al último representante del poder imperial del Tahuantisuyo, fué escenario de la más grande de las felonias y de uno de los más sublimes holocaustos. Es probable que entre los lugares hayan sus afinidades; Cajamarca tiene algo de Huerto de Getsemani y de Capitolio. Como Corinto su incendio trágico alumbró á una patria muerta y á una nacionalidad agonizante. En su seno se cobijaron todos los agrupamientos de virtudes y vicios; la avaricia adoptó en ella, un día, todos los disfraces, desde el de embaajador de reyes hasta el de ministro de Dios. Pizarro habló en nombre de la nobleza y de la hidalguía caste-

llana, Valverde en nombre de la caridad evangélica ¡qué ironía!

La suerte jugó en ella cara ó cruz con el destino, y el valor y el heroísmo que son virtudes, hicieron un contubernio espantoso en el fondo de las conciencias, se aliaron con la violencia y la avaricia que son crímenes ¡qué contraste más singular! de esa mezcla de ese contubernio horrible brotó un gran bien; el cataclismo histórico que sobrevino como su consecuencia tuvo una repercusión estupenda: era el desplome de una civilización de ocho centurias, soldada sobre una civilización prehistórica degenerada y fortalecida con principios anti-naturales y peligrosos. Al caer semejante gigantesco y deforme edificio lo arrolló todo, destrozó todo, y hasta degeneró sus fragmentos. Había acostumbrado la confusión del individuo en el estado, al hundirse éste sepultó á aquel. La nacionalidad dejó sólo un espectro: el indio; el estado un recuerdo trágico; la patria un casco fragmentado y la cultura imperial sólo formas trucas.

Ante la figura del conquistador caen los ídolos y se hunden todos los reinos. ¿Qué fuerza es esa que protege al invasor? ¿Cuál la que los guía con tanto acierto? ¡Oh! la Providencia tiene secretos inescrutables; si el acaso tuviera imperio ¿por qué ese acaso iba á ser causa de armonía y de grandeza.

En Pizarro se aliaban la fuerza del genio con el poder de una civilización armónica. Ante la tesis que sobre América formularan en Europa los sabios y los hambrientos y ante la antítesis que oponía la cultura autóctona del indio, Pizarro desarrolló la síntesis: su mente decidió en un momento que la violencia era la salvación, y la violencia hundió y salvó. Inclínemonos ante semejante contradicción moral, ante semejante antagonismo.

HORACIO H. URTEAGA.

Callao, Mayo 1907.

MEFISTÓFELES

Es un diablo gentil; no causa miedo;
conoce el corazón de las mujeres,
y el oro corruptor y los placeres
maneja con el chisme y el enredo.

Por la humana virtud no expone un bledo;
tiene, en cada cuestión, dos pareceres,
y son ante su lógica los seres
del vicio imagen, del honor remedos.

Es un don Juan excéptico y Galante;
dan relieve á su exótico figura
rasgos de espadachín y de estudiante.

El sofisma encubierto es su armadura;
Mefisto es la mentira deslumbrante,
la mala fé, la paradoja oscura.

LEOPOLDO DIAZ.

LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra
y baile al son de tu cantar la mosca,
que ya la sierpe en el zarzal se enrosca
y lacia extiende su verdor la parra

Desde la hiedra que á la vida se agarra
y en su cortina espléndida te embosca,
recuerda el caño de la fuente tosca
y el fresco muro de la blanca jarra.

No conscientan tus élictros fatiga
canta del campo el productivo costo
ebria del sol y del trabajo amiga;

Canta y excita el inflamante Agosto
á dar el grano de la rubia espiga
y el chorro turbio del ardiente mosto

SALVADOR RUEDA.



El terremoto del año 2300

(En el año 2300 las condiciones de la vida son muy diferentes que en 1907. Ya se verá por esta narración. Los progresos aerostáticos han permitido á la humanidad proveerse de alas mecánicas que la permiten volar con facilidad sorprendente. La escena ocurre en una habitación risueña de un piso quincuagésimo primero. En las paredes, teléfonos novísimos y otros veinte aparatos eléctricos de diverso uso. Una señora de trescientos años, que sólo aparenta sesenta, medita sentada; vuelven á llamar.)

Una voz.—¡Abrid en nombre del Consejo cívico!

(La señora anciana oprime un botón eléctrico, y la ventana se abre totalmente. Por ella entra, batiendo sus grandes alas blancas, una joven. Llega hasta el centro de la habitación con las alas todavía abiertas, y allí, con una ligera presión de sus dedos sobre un aparato que orna su pecho como un coselete de orfebrería, repliega sus alas, que caen en graciosa curva hasta sus pies.)



La joven.—Señora, soy la inspectora de las salidas. Como todos los habitantes de la ciudad, ha sido usted advertida por el Consejo del inminente terremoto. Orden á todos los ciudadanos de retirarse, mientras París se replegará sobre sus charnelas contra el suelo; mientras la tierra indócil se calma. Todas las habitaciones de esta casa están vacías ya de habitantes. Se han transportado ya cuantos tesoros contenían para la vida y la alegría de los humanos... y entretanto, está usted ahí, inmóvil... ¿Qué espera usted? El día de hoy será el de un gran triunfo para la ciencia. Temblará la tierra, pero la ciencia lo ha previsto, y el terremoto se verificará sin que la industria humana padezca y sin que se pierda ni una sola vida... ¿Por qué inconcebible inadver-tencia ha puesto usted en la ventana la señal de un viaje individual, cuando su gran edad la aconsejaría tomar el ómnibus aéreo...? Además, ¿por qué no se mueve

usted? ¿Qué hace aquí? Las horas corren. Debería usted absorber una fuerte dosis de ácido radiómico; no podrá usted sino manejar lo bastante bien sus alas para volar sola hasta las afueras de la ciudad, y mucho menos hasta la región designada de antemano, en donde no hay peligro sísmico... ¡Es extraño! Después de trescientos años de existencia, cuando no se puede morir más que por distracción, ha puesto usted, señora, su vida en peligro...

La anciana.—No me he distraído. He puesto voluntariamente en la ventana una señal engañosa.

La joven.—¿Por qué?

La anciana.—No quiero irme.

La joven.—¿Se burla usted del Consejo cívico? No es usted libre de arriesgar su vida.

La anciana.—¡Déjeme usted! ¡Déjeme! Soy una pobre vieja.

La joven.—Ya sé que tiene usted más de trescientos años. Procede usted de una época bárbara, de la que por bienestar nos está prohibido hablar. ¡No importa! Los individuos de su edad, como todos los demás, pertenecen a la ciudad. Su duración de usted es un dato que utilizan los sabios. Es usted un experimento perpetuo que aprovecha la ciencia. Metchnikoff, que tiene cuatrocientos cincuenta y cuatro años, vive todavía, y antes que usted se aplicará á sí mismo el sistema, obligatorio hoy, que inventó... El Consejo cívico tiene confianza en todos los ciudadanos cuyas facultades intelectuales están intactas, y confiaba en usted; pero es necesaria y lógica la sumisión perfecta y la obediencia individual á las leyes del organismo general. La rebelión es un crimen, puesto que es absurda. Vcy, pues, á cambiar esa señal, y partirá usted en el aéreo que el Consejo destina á los «conservados»... Si no, la denunciaré.

La anciana.—Imposible... He cortado los hilos que me unían con la ciudad, entregándome á la vigilancia y al despotismo de esta sociedad mecánica. He roto el motor, lo he roto todo, y por mi voluntad soy un ser libre y fatigado que desea morir...

(La joven da lentamente la vuelta á la habitación, tanteando con la mano todos los aparatos que, en efecto, no funcionan. La indignación contrae su cara.)

La joven.—¡Es increíble! Su habitación de usted, en lugar de ser para el Consejo y sus emisarios transparente para sus acciones de usted, sonora para su pensamiento, es una caja negra, insensible é inerte... ¿No ha venido ayer el inspector de la Razón para darla la poción reglamentaria que dispone á la obediencia todas las idiosincrasias, apaga las veleidades caprichosas y organiza la humanidad cívica? ¿Han olvidado á usted, produciendo así el escándalo de una individualidad rebelde?

La anciana.—El inspector vino. Pero supe engañarle.

La joven.—Horrible...! Vuelo al teléfono público, y pediré socorro... A pesar suyo la salvarán.

La anciana.—Es tarde. Mire usted ese reloj. Dentro de algunos minutos—doce si los cálculos de vuestros sabios son exactos—temblará la tierra. La ciudad está preparada ya para evitar los riesgos del terremoto; los aparatos parlantes, los conductos delatores, los espejos indiscretos no funcionan. Estamos aislados, y si usted ama la vida, sólo puede huir.

La joven.—¡Quiero arrancarla á usted de la muerte!

La anciana.—¿Tiene usted piedad de mí?

La joven.—(ruborizándose).—¿Piedad?

La anciana.—Sí; ya se que esa palabra es una inconveniencia. Antes era una frase sublime. Sí; ya sé que sois solidarios de los unos de los otros. Tan igualmente do-



tados y provistos de todo, que la caridad y la bondad no tienen razón de ser entre vosotros... ¡La piedad, el amor...! ¡Bah! Cosas de mi tiempo.

La joven.—El amor existe, señora. El amor ha sobrevivido a su juventud de usted. Es una de nuestras alegrías. Ayer mismo a la luz del alba, volaba yo con grandes aletazos de mis alas blancas en el aire diáfano. Llegué a orillas del mar y me posé sobre una roca. Un hombre había seguido mi vuelo caprichoso; sus ojos reían; sus alas eran nacaradas... Y nos amamos.

La anciana.—¿Quién era?

La joven.—No me importa su nombre... ni a él el mío.

La anciana.—Si en otro tiempo mi hijita me hubiera hablado así, la habría matado. Mi hija era buena... era modesta.

La joven.—¿Su hija? ¡Palidece usted! ¿Me deja que la dé una píldora vivificante? *Se dirige a la pared y busca en un receptáculo de metal resplandeciente*)... ¡La cajita está vacía!

La anciana.—Ya lo sé.

La joven.—(con angustia).—¿Dónde hallarlas...? Yo tampoco estoy bien. Mis fuerzas disminuyen... ¡Ah! Sus cabellos de usted encanecen... las arrugas de su rostro se ahondan alargándose... ¡Socorredme! ¡La ciudad está desierta y no encontraré dónde vivificarme...! ¡Debería estar ya lejos de aquí, y me pesan las alas...! ¡Ayúdeme! ¡Deme el viático que necesito! ¡Ah! Estamos solas, abandonadas como dos salvajes, lejos de la ciencia tutelar. (Mira por la ventana.) ¡Ah! ¡Aquí llegan tres humanos! Son negros como cuervos.

La anciana.—Vuelan hacia mí. ¡Son mi marido, mi hija y mi hijo!

La joven.—¡Una familia! ¿Vivís en estado de familia en esta ciudad de civilización suprema, en donde cada uno vive para todos y no para algunos solamente? ¡Qué horror! Se os dispersó al constituir la colectividad moderna ¡y, sin embargo habéis logrado reunirlo contraviendo la ley! ¡Complot nefando! ¿Qué pretendéis? ¿Huir

juntos para vivir la antigua vida en países de obscurantismo?

Los tres humanos de alas negras (entrando por la ventana).—Cansados de vivir sin dolor, sin fatiga y sin bondad, puesto que nuestros corazones inútiles están muertos, puesto que nadie siente ternuras ni derrama lágrimas, puesto que no hay débiles que socorrer, queremos evadirnos del imperio de la fuerza. Queremos morir.

(Una ligera sacudida agita la habitación.)

La joven.—¡Yo, no! ¡Yo no quiero morir!

(Los tres hermanos de alas negras rodean a la anciana, que se levanta.)

La anciana.—La ciudad va a replegarse. Sus audaces casas van a doblarse sobre las calles. Han empezado a funcionar los resortes del inmenso mecanismo. (Dirigiéndose a la joven.) ¿Nadie viene a buscarte?

El más viejo de los humanos de alas negras.—Socorrámosla. Antes de morir tengamos piedad de ella. El olvido de nuestro propio infortunio será el ornato de nuestra muerte. Seamos lo que fuimos cuando en nuestro pecho latían los corazones. Antes queríamos equivocarnos el dolor con la muerte, queríamos huir al asilo en donde duermen nuestros menospreciados abuelos, y para poder volar habíamos guardado cada uno una píldora... Tómalas todas, joven, puesto que quieres seguir viviendo. Hay dosis suficiente para que puedas reunirte sana y salva con los demás habitantes de la ciudad... Tenlas, y muramos salvándose.

(Tienden a la joven sus píldoras, que las absorbe ávidamente. Recobra fuerzas, despliega las alas y huye volando...)

La joven (mientras vuela).—Esos locos, indignos de vivir, me han dado la vida.

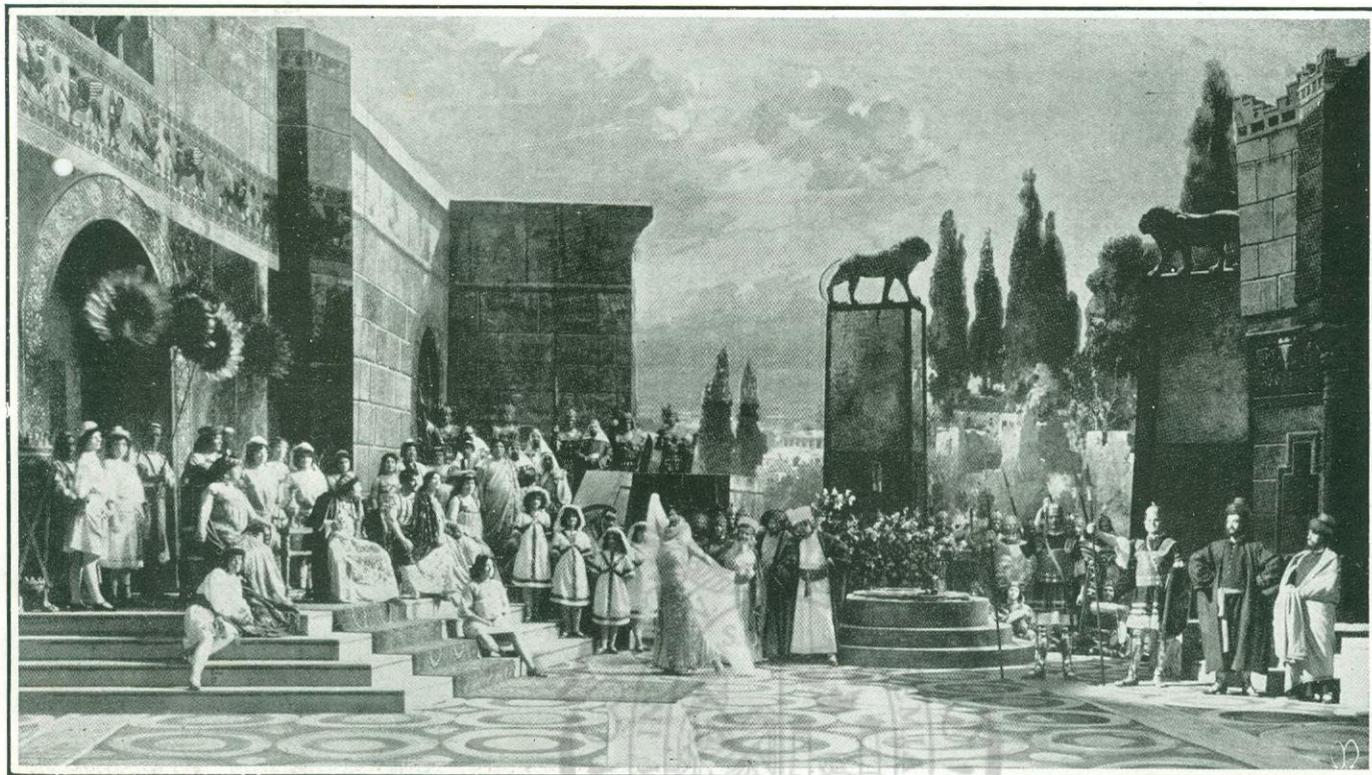
(Los cuatro humanos se abrazan tiernamente, llorando de suprema dicha.)

(Todo se desploma lentamente. Sobre la ciudad, resplandecida con perfecta regularidad, surgen las viejas torres de Nuestra Señora.)

IVAN STRANNIK.



El teatro en París



"Salomé" — Decorado en el Metropolitan de New York

El ilustre compositor Ricardo Strauss hizo en 1905 un hermoso drama musical del poema de Oscar Wilde titulado *Salomé*. La figura de la bella y pérfida sobrina ó entenada de Herodes ha sido ya bastante explotada por el arte. Entre las esculturas del pórtico de la catedral de Ruen hay una Salomé danzando sobre las manos y con los pies levantados en alto, y en la catedral de Amiens hay un alto relieve representando á Salomé en danza semejante. En la pintura ha sido aún más explotado el tema bíblico de la muerte del Bautista por capricho de la danzarina judía, ¿Quién no conoce las *Salomés* de Giotto, da Luini y del Ticiano? Y fué la leyenda bíblica relativa á esa maligna y voluptuosa belleza de Salomé lo que inspiró los célebres cuadros de Gustavo Moreau. En 1877 publicó Gustavo Flaubert, el inimitable, un cuento de colorido tan enérgico y preciso como el de *Salambo*, inspirado en la leyenda, titulado *Herodias*. Este cuento fué dramatizado por Oscar Wilde en 1896, y arreglado paraantomima por Armando Silvestre.



Jokanaan

La letra de Wilde fué adoptada por Strauss para su ópera *Salomé*, en un acto, estrenado en Dresde el 24 de diciembre de 1905 y representada en París en mayo de este año en el teatro del Chatelet, después de haber sido puesto en escena con gran aparato en los teatros de Berlín, Londres y New York.

Representa el teatro una terraza del palacio de Herodes, tetrarca de Judea. En el fondo de la escena hay una cisterna que sirve de prisión al profeta Jokanaan, á quien Herodes no se atreve aún á hacer morir, á pesar de las siniestras profesías que hace este hombre y de las exhortaciones de los judíos para que le condene. Al levantarse el telón el capitán de las guardias de Tetrarca, Narraboth, contempla de lejos á Salomé que esa noche está más bella que nunca y es el encanto del festín que celebra Herodes. Fatigada con los enervantes placeres de la orgía y del baile abandona Salomé la sala para ir á respirar el aire fresco de la terraza iluminada por clara y brillante luna. En ese momento se oye la voz lúgubre del profeta prisionero lanzando sus siniestras predicciones. La joven se turba ante esos augurios y siente la malsana curiosidad de tratar al profeta y de obligarle á que la prediga el porvenir. Este propósito la obsesiona y conociendo la pasión que el capitán de guardias siente por ella le pide en nombre de su amor que la permita ver al profeta cautivo. En presencia de este, ante su figura hurafía y hermosa, ante sus miradas febriles de visionario indiferente para las miserias de la vida, Salomé siente una pasión descabellada, un deseo loco de posesión hacia ese hombre de emmarañada cabellera que lanza por su boca terribles y misteriosos augurios. El profeta al ver á la joven la dice cosas nada agradables sobre sus costumbres y las de su familia; y mientras más siniestro y descortes se muestra con ellas más se exaltan en Salomé los deseos de someter á ese hombre

á las exigencias de su carnal pasión, de acariciar su cabeza y besar sus labios con la voluptuosa pasión del Cantar de los Cantares. Cuanto hace para vencer la frialdad del profeta es en vano porque Jokanaan es insensible é implacable para la bella hijastra del Tetrarca. Narraboth al convencerse de que tiene en el profeta un rival se mata y cae á los pies de Salomé que apenas se presta atención á ese cadáver. Por fin después de lanzar varias frases desdenosas é hirientes regresa el visionario á su carcel y Salomé jura vengarse.

Herodes que varias veces ha hecho buscar á Salomé para que regrese á la sala del festín, sube personalmente con Herodías á ver lo que sucede y encuentra á la joven pálida y exaltada recostada en un banco. El Tetrarca medio borracho, y encantado por las gracias y belleza de su hijastra la desea con pasión. De pronto vuelve á escucharse la voz del profeta haciendo augurios y lanzando maldiciones, que llenan de terror á Herodías quien procura convencer al tetrarca para que lo condene á muerte. Cinco judíos rabinos se ponen á discutir sobre la ortodoxia de las doctrinas de Moisés y del profeta Elías. Cansado Herodes de la charla de esos ergotistas les hace callar. Excitado por el vino y los deseos quiere que Salomé baile para él. Salomé despechada y mortificada por su desdenado amor se niega y Herodes insiste suplicante y la ofrece acceder á cualquier cosa que ella pida. Entences Salomé deseosa de vengarse accede y cogiendo siete velos que le alcanzan sus esclavas, baila una danza lasciva, capitosa y extraña que exaspera la pasión del Tetrarca, hasta que enervada cae Salomé á sus pies. Ha



La danza de los siete velos



Herodes

llegado el momento de cumplir la promesa: ¿Qué desea Salomé? Desea la cabeza de Jokanaan en una fuente de plata. Trata Herodes de disuadirla, la cabeza de un hombre decapitado es fea, la dará bellas esmeraldas, los pavos blancos de su jardín, todas sus piedras preciosas, el manto del gran sacerdote, el velo del Santuario. Salomé persiste en su capricho: quiere la cabeza de Jokanaan.

Herodes vacila pero Herodías le saca del dedo la sortija de muerte y la envía al verdugo. Salomé loca de alegría se precipita para ver lo que sucederá en la cisterna en que ha penetrado el verdugo, quien al cabo de un rato sube trayendo en una fuente de plata la cabeza de Jokanaan. Sigue una escena de horror. Salomé acaricia la sangrienta cabeza, besa los descoloridos labios y habla de amor á esos oídos que no la oyen y á esos ojos que no la ven pero que la miran con terrible fijeza. Parece una gata jugando con la agonía de un ratón. Durante la escena Herodes se cubre con su manto para no presenciar-



Los judíos



Salomé ante la cabeza del Bautista

la y hasta la luna se oculta entre las nubes para envolver en la penumbra esa trágica escena. Horrorizado el Tetrarca se retira y ordena á los soldados que maten á esa mujer, y ellos cumplen la orden aplástando á Salomé con sus pesados escudos de bronce.

En el teatro del *Vaudeville* se ha estrenado con mucho éxito la comedia de Pedro Wolff titulada *Le ríus sean*.

HIPOLITO.

Página de Ajedrez

A nuestros lectores.—Aprovechando la bondadosa hospitalidad que PRISMA nos dispensa, hemos resuelto ofrecer a los lectores de este semanario, una página dedicada a la propaganda y cultivo del ajedrez. Tiempo há que veníamos persiguiendo este objeto, mas solo ahora, que la afición por el noble juego, se incrementa y objetiviza entre nosotros, con la fundación del «Club de Ajedrez», es que podemos iniciar nuestra obra. Para llevarla a cumplido término, menester es que todos los «amateurs» a quienes esta sección está consagrada, contribuyan a su mayor éxito, con el envío de la colaboración que deseen; para la que desde luego, ofrecemos la mejor acogida.

Con una palabra de agradecimiento al señor Director de PRISMA y nuestra más sincera felicitación a los «amateurs» peruanos, queda inaugurada la «Página de Ajedrez» de esta Revista.

BLANCAS	NEGRAS
32—R 4 R (5)	32—P 4 A †
33—R 5 R	33—R 2 A
34—P 5 T	34—T 4 D †
35—R 4 A	35—P 4 TD
36—P 6 T (6)	36—P 4 CD
37—R 3 R (7)	37—P 5 C
38—A 7 C	38—P 6 C
39—P 4 C	39—P 5 T
40—P × P	40—PR × P
41—A 3 A	41—T 3 D
42—P 4 A	42—T 3 R †
43—A 5 R	43—P 6 T
44—P × P	44—P 7 C
45—T 1 C	45—P 4 C
46—R 4 D	46—P × P
47—T 7 C †	47—R 1 A? (8)
48—T 7 CD	48—T × PT?? (9)
49—A 7 C †	Abandonan

PARTIDA N.º 1

CLUB DE AJEDREZ DE LIMA

[TORNEO DE CLASIFICACION]

DEFENSA FRANCESA

BLANCAS	NEGRAS
1—P 4 R	1—P 3 R
2—P 4 D	2—P 4 D
3—C 3 AD	3—P × P (1)
4—C × P	4—C 3 AR
5—A 5 CR	5—A 2 R
6—C × C †	6—A × C
7—A 3 R (2)	7—Enrocan
8—A 3 D	8—C 3 AD
9—P 3 AD	9—C 2 R
10—D 2 A	10—C 3 CR
11—Enr. TD	11—D 4 D
12—C 3 AR (3)	12—D × PT
13—P 4 AD	13—A 2 D
14—T [ID] 1 R	14—A 5 TD
15—D 3 A	15—P 4 AD
16—R 2 D	16—P × P
17—A × P	17—D 6 C!
18—A × A	18—D × D? (4)
19—A × D	19—T R 1 D
20—C 5 R	20—C 5 A
21—P 3 CR	21—C × A
22—C × C	22—A 6 C
23—P 5 A	23—T D 1 AD
24—R 3 R	24—A 5 A
25—T 1 D	25—A × C
26—T × A	26—T × T †
27—R × T	27—T × P
28—T 1 TD	28—P 3 TD
29—T 5 T	29—T 1 A
30—T 5 CR?	30—P 3 CR
31—P 4 TR	31—T 1 D †

NOTAS

- (1) Continuación preconizada por Lasker.
- (2) A × A era muy superior.
- (3) Abandonando el P T D sin compensación, mejor era R 1 C y si D × PC el sacrificio del P está compensado por el ataque que el blanco puede intentar por la línea del CR abierta.
- (4) A × A era evidente.
- (5) Perdiendo tiempo.—R 3 R era lo justo.
- (6) Inmovilizando al R negro.
- (7) Evidente si A × P—R 3 A y ganan.
- (8) Impidiendo toda esperanza de nulidad.—R 1 R era lo justo y si T 7 CD.—T × P etc.
- (9) El desastre final.—Esta partida, una de las más interesantes del primer turno, se jugó entre los señores Corpancho (blancas) y Alayza (negras).

NOTICIAS

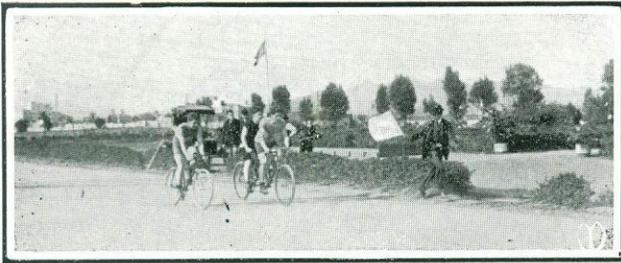
El primer torneo del Club de Ajedrez se halla en plena actividad. He aquí cual es el resultado hasta la fecha:

Dr. Vargas.....	gana 4	partidas	y le falta	jugar	7
Sr. Paz Soldán..	> 3	>	>	>	7
> Oyague.....	> 3	>	>	>	7
> Corpancho...	> 3	>	>	>	5
Dr. Duclós.....	> 2	>	>	>	8
Sr. Valladares..	> 2	>	>	>	8
> Miró Quesada	> 1	>	>	>	7
> Stehr.....	> 1	>	>	>	8
> Loredó.....	> 1	>	>	>	8
> Alayza.....	> 0	>	>	>	10
> Mundt.....	> 0	>	>	>	8
> Dubreuil....	> 0	>	>	>	8

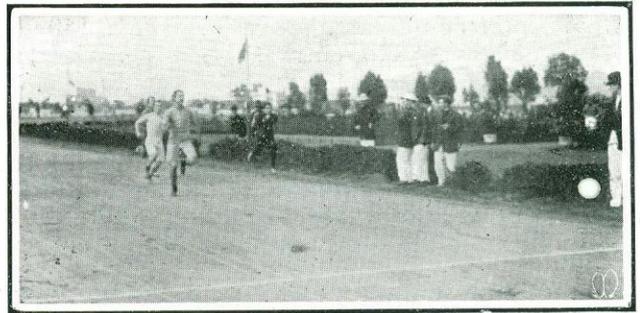
Para todo lo referente a esta sección dirigirse por correo al «Sr. Redactor de la Sección de Ajedrez de PRISMA»,—Apartado correo 874.

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Lima, 10 de Julio 1907.
Universidad del Perú. Decana de América

La fiesta del Club Ciclista



Carrera de tandem y bicicleta



Carrera de á pie



1ª partida en la carrera de bicicletas



Gymkhana



Espectadores del baste-ball



El automóvil premiado



En las galerías



Un percanse



La floresta

Fotos Casi

CRONICA DE LA SEMANA

“A través de un prisma”

El *cataclismógrafo* instalado en el Callao en el domicilio particular de un caballero aficionado á la cosmografía sigue albergando entre sus ruedas, alambres y punteros registradores, al alma de Casandra. El lúgubre aparato sigue con persistencia verdaderamente digna del éxito, anunciando derrumbamientos muerte y fieros males para este desventurado continente teatro, digánslo así, de las convulsiones terraqueas últimas. El aparato es insaciable de cataclismos; pasa uno que no tuvo el acierto de indicar con anticipación y el desquite del aparato es anunciar otro. Y tampoco acierta. Cuando á veces da en el clavo, digo en el temblor, es cuando anuncia temblores de menor cuantía. Hay que ser francos: estoy convencido de que la especialidad del cataclismógrafo del Callao es el temblor pues con estos es casi seguro que el anuncio no falla sino rara vez. Anuncia hoy un temblor y se mueve efectivamente la tierra en Calabria, en la Indochina ó en el Japón. En cualquier parte menos en Lima. De este modo nunca me siento más libre de morir desnucado por una viga del techo que cuando el aparato anuncia un susto á los limeños. En cambio compadezco á las mujeres nerviosas que están en meses avanzados al otro lado de los mares. Actualmente el aparato chalaco es presa de un despecho trágico por sus últimas equivocaciones y ha anunciado el pulverizamiento de alguna ciudad americana que no dice cual es. El eclipse solar del 10 y la proximidad de Marte son indicios seguros de un desastre morrocotudo y contribuyen á darle la razón al malévolo, rencoroso y porfiado aparato. Puede ser que haya un cataclismo; pero cada uno tiene sus ideas. Yo confieso que por todo el oro del mundo no me movería de Lima. Nun-

ca me he sentido más seguro de mi vida y de las paredes de mi casa que en las cuarentiocho horas que el cataclismógrafo nos concede para arreglar nuestras almas. Si yo fuera dueño del aparato fundaría una compañía de seguros contra cataclismos. Y extendería pólizas cada vez que comenzara el temblequeo de la aguja anunciadora. Ganaría dinero.

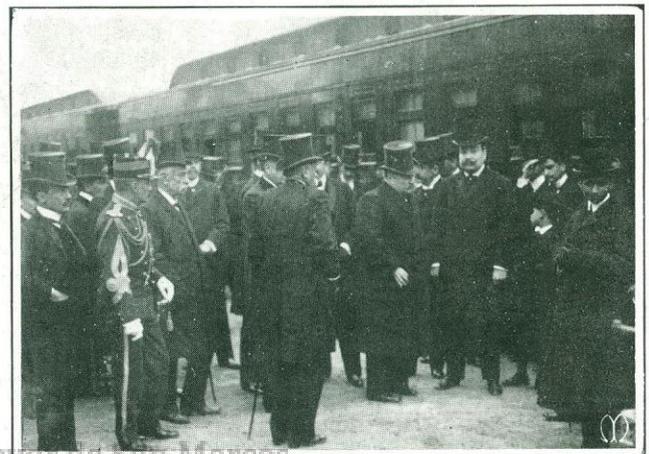
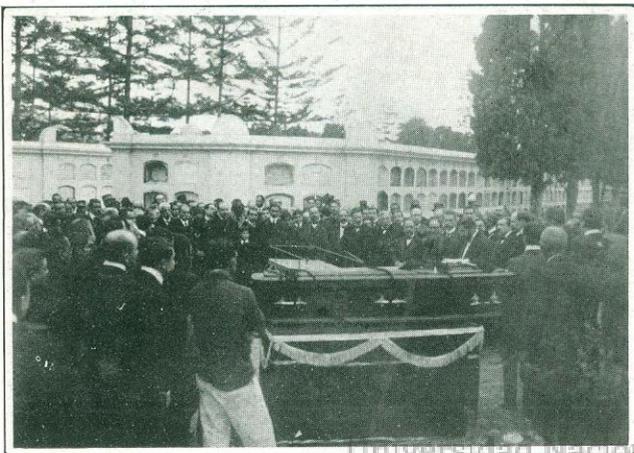
El acontecimiento de la semana ha sido la terminación en la noche del 10, de los trabajos de la empresa socavonera. Como dice muy bien el gerente de la Empresa al comunicar al gobierno el cumplimiento del compromiso, esta obra es la más importante que se ha realizado con capitales peruanos. Desgraciadamente las halagüeñas perspectivas que los accionistas nacionales se forjaban para el porvenir y por las cuales se han invertido millones, se encuentran ensombrecidas por el litigio entablado por una riquísima compañía minera de extranjeros, que se niega á cumplir por su parte las obligaciones que impone la servidumbre de la zona beneficiada por el socavon y en la cual tienen los norteamericanos susposiciones y labores. La mayor prueba de la injusticia de su resistencia está en los medios y recursos de violencia con que han tratado de obstruir los trabajos de la Socavonera. Nuestros jueces y tribunales hasta ahora han cumplido justicia á la corrección de procedimientos de la empresa nacional y á la legalidad del contrato. Eso es hasta ahora y es de esperar que así continúe. No obstante me pregunto ¿Por qué á pesar de todo hay cierta desconfianza en el mercado? Qué se teme? qué se presiente? qué se huzmea?....

KLINGSOR.

Nuestra información gráfica

En la pasada semana llegaron los restos del malogrado doctor don Pedro Carlos Olaechea fallecido en Río Janeiro donde desempeñaba una comisión que confió el Gobierno á su reconocida competencia jurídica y luminoso talento. La ceremonia de recepción de los restos y de su inhumación fueron bien concurridas y probaron el profundo aprecio que se tuvo al doctor Olaechea y la sentida condolencia que ha causado generalmente su prematura muerte.

El pasado domingo acudió numerosa y selecta concurrencia á presenciar los juegos deportivos y carreras de bicicletas que organizó el *Club Ciclista Lima*. Aun cuando se notó un poco de falta de organización la tarde, una tarde tibia y luminosa, pasó muy agradable para los asistentes que fueron galantemente agasajados por los jóvenes del Club. Nuestro fotógrafo tomó las diferentes vistas que publicamos y que dan una idea de la fiesta.



Funerales del doctor Olaechea

Funerales del doctor Olaechea

Fotos. Casi



Dr. Juan José Calle Foto. Moral.

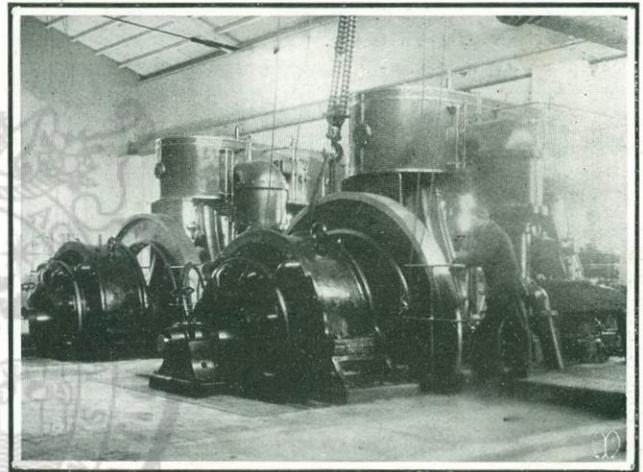
El batallón número 7 realizó en la pasada semana un brillante ejercicio de fuego en la Magdalena. El adjunto militar de los EE. UU. presenció las operaciones y maniobras del batallón.



Hace ya varios días se verificó en la factoría del Tranvía Eléctrico Nacional un atentado que pudo tener muy lamentables consecuencias económicas para la dicha compañía. En las chumaceras de uno de los dinamos se encontró una fuerte cantidad de arena y virutas de hierro, que una mano culpable y técnica arrojó allí con el dañado fin de malograr la instalación eléctrica. Probablemente el atentado obedeció á resentimientos de algún operario ó empleado despedido. Porque los empleados despedidos son así: muy vengativos. En fin que los jueces entienden del asunto, y nosotros publicamos el grado del dinamo que se intentó averiar.



El doctor don Juan José Calle, fiscal de la Nación, ha sido nombrado para reemplazar al malogrado doctor Pedro Carlos Olaechea, en el desempeño de la comisión arbitral en el Brasil. Los amigos del señor Calle le ofrecieron ayer un banquete de despedida pues el dignísimo magistrado partirá muy pronto al lugar de su destino.



El Dinamo de la Compañía Nacional Inst. Grandjean



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
ASISTENTES AL BANQUETE OFRECIDO AL Dr. JUAN JOSE CALLE
Universidad del Peru. Decana de América

Foto. Valverde

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Aunque no había en este legítimo deseo conyugal nada que no fuese muy natural, comprenderás sin embargo que me retiré algo preocupado.... ¿Cuál de mis tías iba á llegar? Mi tío me había dado cuenta de este incidente de un modo tan natural, que ni por un momento pensé en hacerle la menor pregunta indiscreta. Púseme á cavilar, según la situación de su ánimo, á cual de sus esposas podía haber dado la preferencia.

Desde luego dejé á un lado á mi tía Cora de la Isla de Borbón.... Era poco probable que el bajá tuviese el propósito de agregar ningún nuevo detalle á sus trabajos de ontología sobre las razas de color.... Excluída igualmente mi tía Cristina de Postero que, por su aventura con Juan Bonnafé, había caído en desgracia, sólo quedaban en competencia mi tía Lía Ben Leví, mi tía Gretchen Van Cloth y mi tía Eudoxia de Cornalis, y esto reducía bastante los límites de la cuestión; pero te confieso que, por mucho que puso en juego mis facultades de inducción y teniendo en cuenta la edad del capitán, sus gustos presentes y sus proyectos.... sólo conseguí perderme en un laberinto de afirmaciones y contradicciones de que me fué imposible salir. Lo mejor que podía hacer era aguardar.... y así lo hice.

XI

Por lo demás no tuve que esperar largo tiempo, pues al cabo de dos días, hallándome en mi habitación, vi venir desde lejos una calesa. Ocupábala una dama que me pareció muy linda y muy elegante. En el pescante, junto al cochero, venía una doncella, y, en la trasera del carruaje, dos lacayos con librea de viaje. Detúvose el carruaje y, al ruido que hicieron las ruedas, abrióse la ventana de mi tío.

—¡Hola! ¡buenos días, querida mía! exclamó.

---¡Buenos días, capitán! respondió la dama; ya ve usted que no se le olvide, aunque es un ingrato.

---Muchas gracias; por mi parte, tampoco es olvidadizo.

---Está muy bien, repuso la dama, pero ¿no baja usted á darme la mano? ¡Vaya una galantería!

---¡Cómo no! dijo mi tío. ¡Allá voy corriendo!

Confesó que me quedé algo suspensivo á la vista de esta viajera, cuyo aire señorial no me recordaba á ninguna de mis tías. ¿Habría contraído Barbassou bajá algún nuevo matrimonio después de su testamento? Por discreción me mantuve entre bastidores para no servir de obstáculo á las naturales efusiones, pero como, al salir de su cuarto, pasaba mi tío por delante de mi puerta, me dijo:

---¿No vienes, Andrés?

Seguíle y llegamos en el momento en que la dama subía la escalinata con paso ágil.

---Llega usted demasiado tarde, capitán. No me iba á quedar ahí, clavada en el coche.

Este reproche no impidió que se estrechasen cariñosamente las manos con el más vivo placer. Y como yo llegaba en aquel momento, me dijo mi tío con la mayor saugre fría:

---Abraza á tu tía Eudoxia.

Sabiendo ya á qué atenerme, abracé á mi tía, y confieso que, al abrazarla, no puede menos de sonreír al recordar la citada frase sacramental.

---¡Cómo! ¿es éste Andrés?, exclamó ella. Dispense usted, caballero, repuso en seguida, esta expresión familiar se me ha escapado al recordar al lindo muchacho de otro tiempo.

---No se arrepienta usted de haberla dicho, respondí, se lo suplico.

---¡Oh, no! si sigue usted llamándome señora.

---Si no es más que eso, *querida tía*, me alegraría en el alma de volver al tiempo pasado para obedecerle.

---Pues bien, *querido sobrino*, añadió. Dé usted orden para que atiendan á mis criados, y entremos.

Todo esto lo dijo con ese tono desembarazado y con el desenfado propio de una mujer acostumbrada á frecuentar la buena sociedad. Esto me intimidó algo al pronto. Mis impresiones de niño no me habían dejado sino el recuerdo confuso de una mujer joven, amable, seductora, según podía yo juzgar en aquella edad, y mi tía se me parecía de pronto bajo un aspecto imprevisto. De seguro no la hubiera reconocido aunque el tiempo no había alterado la belleza de su rostro. Para hacerte nuevamente su retrato, figúrate una mujer de unos treinta y cinco años, aun cuando tiene cuarenta y dos largos de talle. Es ya algo jamona, pero esto no le quita ni un átomo de su gracia, porque es alta y tiene además aire patricio. Lleva la cabeza erguida. Su mirada es resuelta é intensa, y todo revelaría en ella una mujer superior, á no ser por la extremada sencillez de los ademanes que parece natural en ella. Su voz tiene vibraciones melodiosas y un ligero acento musical que recuerda á las grandes damas rusas. Tal era mi tía. Mi tío le había ofrecido el brazo, pero apenas nos hallamos en el salón exclamó:

---Vamos á ver, explíqueme ustedes pronto qué historia es esa de muerto que me ha venido á contar un notario. Hace seis meses que me creía viuda, añadió mientras se quitaba el sombrero.

---¡Ya puede usted ver que no hay tales carneros!, respondió mi tío.

---Me alegro mucho, exclamó ella riendo y alargándole por segunda vez la mano. Seguramente será alguna de sus originalidades.

---Nada de eso, amiga mía; aquí está Andrés que puede decirle á usted que positivamente he pasado por muerto y que ha llevado luto por mí.... Hasta ha heredado mis bienes.

---No hay mal que por bien no venga, replicó ella. Pero ¿es que le han enterrado á usted por equivocación? Eso me da que pensar.

---Me hallaba en Abisinia....

---¡Ahí cerca! dijo ella interrumpiéndole.



---Sí, repuso mi tío. Un amigo que viajaba conmigo, se quedó en el camino mientras yo seguía adelante; se murió de un modo tan estúpido que, como tenía consigo mi equipaje y mis papeles, éstos sirvieron para extender su partida de defunción. Sólo lo he sabido á mi regreso, cinco meses más tarde, cuando ya todos me tenían por difunto. Ya ve usted qué cosa más sen-

(Continúa.)